

Saul Bellow

El gran judío norteamericano

Alfania ha editado en un voluminoso tomo las "Cartas" del que es considerado el novelista en lengua inglesa más importante de la segunda mitad del siglo XX. Ganó el Nobel en 1976, tres National Book Awards y un Pulitzer, y su figura y sus novelas ("Las aventuras de Augie March", "Ravelstein"...)

llenan los últimos sesenta años del panorama literario norteamericano. Philip Roth, Martin Amis y Ian McEwan están entre sus admiradores incondicionales. **texto CARLES BARBA**

Dice Cynthia Ozick en el ensayo *Envy, or Yiddish*, que los autores en yidis del siglo pasado, a pesar de la calidad de su obra, no han conquistado fama ni un público amplio, porque no han sido traducidos a gran escala. Saul Bellow, al escribir directamente en inglés, se ahorró ese escollo, y sin dejar de arraigarse en la vena yidis, y explotando al máximo la condición de contadores de historias de los cultivadores de esa tradición, se ha encarado a los grandes problemas de la Norteamérica moderna, con una gama de registros que van de lo sublime a lo absurdo. Sus protagonistas son habitualmente intelectuales judíos que se libran a la especulación filosófica, mientras a su alrededor pululan una serie de sujetos incorregiblemente realistas, desde divorciadas que quieren sacarles hasta el último centavo hasta amigos que circulan por la vida con la desfachatez que a ellos les falta. En una ocasión, el novelista le confesó a la crítica Michiko Kakutani: "Las personas que más me interesan son aquellas que están atareadas en conocer su propia psique. El resto, para mí, forma parte de lo que en Hollywood se conoce como los extras".

Con el paso de los años, Bellow se fue convenciendo más y más de que el gregarismo y la estandarización del *American way of life* estaban alejando al individuo de su propio e intransferible núcleo íntimo, y, en sucesivas ficciones, describió los tomas y dacas de personajes que forcejean por autoafirmarse, frente a un entorno que los quiere zandarrear de aquí para allá. Típicamente bellowiano es el hecho de que esta lucha no resulte épica sino cómica. Rompiendo, pues, con el estereotipo de Hemingway del estadounidense que se hace a sí mismo echándole agallas, desde su primera novela Bellow crea una galería de antihéroes tan inteligentes como inseguros, que bregan por salvaguardar su individualidad en un mundo tecnológico y anónimo. A menudo pueden parecer pobres diablos (como el Tommy Wilhelm de *Carpe diem*), pero incluso en las situaciones más desairadas conservan una dignidad que hace que el lector corriente simpatice profundamente con ellos. Con razón, Bellow se ha identificado a menudo con un pensamiento que Rousseau desliza en sus *Confesiones* y que reza: "Cuando llego al fondo de mi corazón, entiendo cómo son los hombres".

Este creador de antihéroes modernos nació en Lachine, una ciudad obrera de las afueras de Montreal (Canadá), el 10 de junio de 1915, y fue el cuarto y último hijo de Abraham y Lescha Belo. Sus padres eran judíos inmigrantes que procedían de San Petersburgo, y habían llegado a Norteamérica sólo dos años antes. En el año 1918, la familia se trasladó a otro barrio humilde de Montreal, a la calle St. Dominique, mientras el padre intentaba ganarse la vida en los más diversos oficios. La madre enseñaba a Saul a clases de hebreo, deseosa de que de mayor se convirtiera en un rabino (también soñó con que fuera violinista), y el niño rápidamente se familiarizó con la Biblia, de la que se sabía largos pasajes.

Con sólo 3 años vio numerosos funerales de víctimas de la gripe que asolaba el mundo, y en 1923 él mismo pasó seis meses en un hospital de tuberculosos, donde presencié la muerte de muchos chicos y adultos. Su novelística reflejará esta conciencia de la mortalidad, y también su reiterada sensación de estar emocionalmente solo dentro de su propia familia. La tuberculosis, en todo caso, le deparó alguna ventaja: dispuso de tiempo ilimitado para leer y, a los 8 años, *La cabaña del tío Tom* hizo que se decidiera a ser escritor.

La náusea en Chicago

Entre tanto, en 1924, el padre estuvo a punto de ser arrestado por contrabando, y, como consecuencia de ello, la familia al completo hizo las maletas y tomó el tren para Chicago, una metrópolis que en los años 1920 contaba con 125.000 judíos. La instalación en la capital del Oeste Medio marcó decisivamente la vida y la carrera del futuro novelista. Los Bellow se establecieron en la abigarrada zona de Humboldt Park, un núcleo en el que se hablaba yidis, hebreo, ruso y otras lenguas europeas, y el imaginativo niño se dejó encantar con historias sobre capos mafiosos y venganzas criminales, materiales que volcaría en su posterior ficción.

En 1933 murió, a los 50 años, su protectora madre, y el joven Saul sufrió una fuerte conmoción. "En cierto modo me encontré liberado, pero también noqueado, como alguien que sobrevive a una explosión pero todavía no ha comprendido qué ha ocurrido. Durante los dos años siguientes, viví como un minusválido".

Para entonces, Bellow había ingresado en la Universidad de Chicago, y al cabo de un año se matriculó en la más barata de Northwestern. Harto del antisemitismo que detectaba en el departamento de literatura, se pasó a la antropología, y en 1937 se licenció con las mejores notas. Su compañero John Podhoretz recordaría después que, por entonces, Bellow y su amigo Allan Bloom (retratado en *Ravelstein*) "inhalaban libros e ideas con la misma facilidad con que el resto de nosotros inhalábamos oxígeno".

crítica como una especie de *La náusea* a la norteamericana. Por esas fechas estrenó también paternidad, tras un parto traumático en el que estuvieron a punto de morir tanto Anita Goshkin como el pequeño Gregory.

En 1947 dio a las prensas su segunda novela, *La víctima*, sobre los avatares de un neoyorquino que, durante un verano en que su mujer se ausenta, es perseguido por un doble, Kirsby Albee, que le pide cuentas por un empleo perdido. J.M. Coetzee ha considerado recientemente



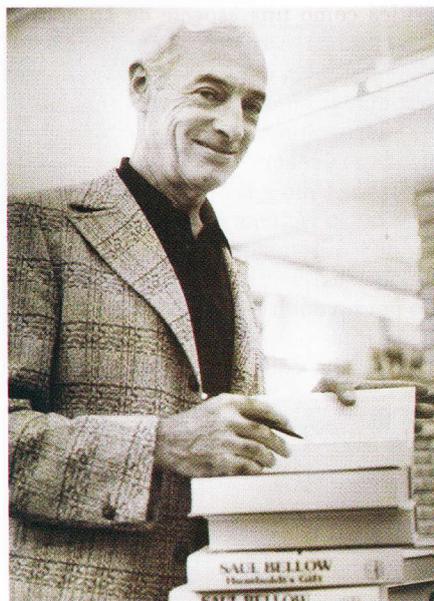
Bellow recibe la National Medal of Arts de manos de Ronald Reagan en agosto de 1988.

Acabada la carrera, Bellow se marchó a Nueva York, decidido a convertirse en escritor. Ahí tomó contacto con círculos de la *Partisan Review*, y con intelectuales como Meyer Schapiro, Clement Greenberg o Delmore Schwartz (al que iba a homenajear en *El legado de Humboldt*). Se afincó en Greenwich Village, hizo reseñas para diarios y revista a diez dólares la pieza y trabajó para la Enciclopedia Británica. Sin embargo, no perdió el contacto con su ciudad de adopción, y en 1938 se casó con su primera mujer (en total tuvo cinco), Anita Goshkin. La pareja se acomodó en Chicago, en casa de los padres de ella, y en el cuarto de la plancha de ese domicilio él empezó su primera novela, *El hombre en suspenso*, cuyo protagonista espera ser alistado para ir a la guerra, mientras lleva una vida de desconcierto y neurosis. La obra vio la luz en 1944 y fue saludada por la

A los 8 años se había familiarizado con la muerte, pero descubrió también la literatura.

esta pieza como una de las mejores novelas cortas estadounidenses de todos los tiempos, a la altura, por ejemplo, de *Billy Budd* de Melville. Tras un par de años como lector en la Universidad de Minnesota, Bellow pudo residir en París gracias a una beca Guggenheim; allí compartió bohemia y apartamento con su amigo el escritor Ralph Ellison, futuro autor de *El hombre invisible*.

Caminando al borde del Sena, y pensando en el futuro, tuvo una epifanía: se acordó de un amigo de infancia,



Durante una firma de libros en 1977.



En su despacho de Chicago con el periodista serbio Dejan Stojanovic, en 1992.

Chucky, un colega que a todas horas proclamaba que tenía en mente un superesquema, y se preguntó qué tal sonaría una ficción que impostara la voz de ese mozo. Así nació *Las aventuras de Augie March* (1953), una novela picaresca de aliento dickensiano que describe a una pintoresca familia judía en el Chicago de entreguerras. Philip Roth la considera la mejor novela norteamericana de la segunda mitad del siglo XX, y, sin duda, este novelón, *best seller* de público y gran éxito de crítica, dio de golpe a su autor una reputación que ya no perdería. Tres años después, dio a luz otro de sus grandes libros, *Carpe diem*, una *nouvelle* que aquí traduciría José María Valverde y que narra veinticuatro horas en la vida de un pobre diablo que pierde su dinero en la bolsa y se ve humillado por un padre próspero e implacable. Por entonces se casó con su segunda cónyuge, Alexandra Tschachbasov. Bellow acabó la década con *Henderson, el rey de la lluvia*, la peripecia de un millonario estadounidense que viaja a África en busca de regeneración espiritual.

A Nietzsche y Freud

Los locos 1960 comenzaron para Bellow con distintos cargos y honores docentes, tanto en la Universidad de



EL MARINO QUE LLEGÓ TARDE

Aunque en un principio no fue aceptado para realizar el servicio militar y participar en la Segunda Guerra Mundial debido a una hernia, lo cierto es que en 1945 sí pudo engrosar la tripulación de un barco mercante: estaba en pleno período de pruebas cuando se lanzaron las bombas de Hiroshima y Nagasaki, lo que puso punto final a la conflagración y a su vocación marinera.

Northwestern como en la de Chicago. En 1961 se casó con su tercera esposa, Susan Glassman, quien le dio su tercer hijo, Daniel Oscar. En 1964 publicó otra de sus obras maestras, *Herzog*, una novela epistolar cuyo protagonista, un intelectual al que su mujer engaña con su mejor amigo, se pone a redactar compulsivamente cartas a amigos y autores del pasado, desde Nietzsche hasta Freud. Con esta cómica y metafísica novela, Bellow lanzó su ataque más visceral al *establishment* cultural estadounidense, y en el personaje de Moses Herzog encarnó el derecho quijotesco a una vida interior propia, individual y libre, aunque el precio a pagar sea la neurosis. *Herzog* le valió el National Book Award. En contraste, en ese mismo 1964, estrenó una obra teatral en Broadway, *The Last Analysis*, que resultó un fracaso y estuvo sólo dos semanas en cartel. En 1967, el cada vez más asentado novelista decidió tantear otros terrenos y cubrió la Guerra de los Seis Días en Israel, para

Su Moses Herzog es un Quijote que lucha por un espacio propio y lo paga en forma de neurosis.

enviar crónicas al *Newsday Magazine*. En 1968 publicó su primera colección de cuentos, *Las memorias de Mosby y otros relatos*, y al cabo de poco tiempo se divorció de su tercera mujer, tras sólo cuatro años de matrimonio. Este mal trago de su vida privada se le hizo más llevadero al recibir dos inesperadas distinciones: la Cruz Francesa de Caballero de las Artes y las Letras, y el galardón judío B'Nai Brith Award. Cerró la década, en 1969, con una novela controvertida: *El planeta de Mr. Sammler*, las aventuras de un superviviente del holocausto que busca un lugar propio en el Nueva York de la época. La obra desencadenó animadversión en los sectores más izquierdistas de Estados Unidos, que la calificaron de misógina, racista y archiconservadora. Lo cierto es que Bellow, en el Nueva York de los 1960, ya había visto con malos ojos la creciente politización de los intelectuales, agudizada por la guerra de Vietnam, y regresó a Chicago entre otras cosas para ahorrarse el incordio de ser solicitado cada dos por tres para firmar manifiestos. La eclosión contracultural

de los 1970 y la aparición de los *hippies* tampoco fueron fenómenos con los que simpatizase, y a principios de la década vivió la desagradable experiencia de ser abucheado por estudiantes radicales en San Francisco.

En 1974 se casó con una matemática rumana, Alexandra Ionescu, con quien compartió apartamento en la decimotercera planta de un rascacielos de Chicago con vistas al lago Michigan. Al año siguiente, apareció otra de sus no-

“El crío que hay en mí está encantado. El adulto se siente escéptico”, dijo tras recibir el Nobel.

velas mayores, *El legado de Humboldt*, la historia de un escritor que gana el Pulitzer y que brega por saldar cuentas pendientes con un antiguo mentor, el poeta Von Humboldt Fleischer (inspirado en el intelectual Delmore Schwartz). Esta vez la vida imitó a la ficción, y Bellow consiguió el premio Pulitzer con el *Humboldt*. La consagración mundial le vendría en 1976, con el premio Nobel de Literatura. La Academia Sueca arguyó como motivos de la elección “la exuberancia de ideas, la ironía, el toque de comedia y la compasión encendida” que se desprendían de sus narraciones. Él reaccionó de un modo dual: “El crío que hay en mí está encantado. El adulto se siente escéptico”. Por lo demás, confesó que temía que el Nobel lo apartara del contacto con la calle.

Fiel a su propio retrato

Se sabe que Bellow solía desquitarse de la vida retirada que le imponía su trabajo de escritor montando con frecuencia en cualquier vagón de metro y dándole un baño de gentes. Por otra parte, siempre prefirió el trato con abogados, ejecutivos, médicos o comerciantes de su ciudad de adopción que con gentes del mundo de las letras, y en los años 1970 se lo solía ver por el viejo Chicago embutido en un impecable traje, con camisas Turnbull & Asser, floreadas corbatas y un sombrero Borsalino. Siempre irradió un extraño magnetismo –con sus facciones que recordaban una tortuga y sus ojos saltones–, hasta tal punto que,

en 1947, un cazatalentos de Hollywood vio su foto en la contraportada de *La víctima* y se obstinó en hacerle una prueba como actor.

El Nobel no secó la imaginación del escritor ni ralentizó su ritmo de producción. En el mismo año 1976 salió su reportaje *Jerusalén, ida y vuelta*, considerado sionista por algunos, y en 1982 apareció *El diciembre del decano*, el viaje de un profesor universitario a Bucarest para asistir a la agonía y muerte de su madrastra. Aquí el autor quiso emparejar el duro nihilismo de la Rumanía comunista con el más suave de la Norteamérica capitalista, para intentar demostrar que ambos obturan el desarrollo de una verdadera vida espiritual. A sus 70 años, el gran cronista literario de Chicago y los Estados Unidos de la posguerra creyó presentir el declive de la cultura humanística occidental, y en su siguiente narración, *Son más los que mueren de desamor*, quiso dar respuesta a la pregunta: “¿Qué opciones de vida tiene una persona responsable ante una sociedad abocada a la disipación?”.

A partir de entonces, Bellow prefirió dedicarse a la novela corta. En 1989 publicó *A Theft* y *La conexión Bellarosa*, y

en 1997 vio la luz *La verdadera: la historia de Harry Trellman*, un intelectual que de joven se deja quitar a la chica de sus sueños, y de maduro no pierde ocasión de recuperarla, bien asesorado por un millonario.

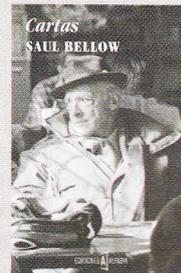
En los 1990 el escritor se casó por quinta vez, con Janis Freedman, y tuvo un cuarto hijo: una niña a la que bautizaron Naomi Rose. Para entonces, la prensa y la opinión pública norteamericanas veían a Bellow como una especie de Fausto indoblegable: no sólo engendró una hija a los 84 años, sino que en 1993 sobrevivió a una intoxicación de pescado durante unas vacaciones en el Caribe, trance del que lo salvaron los cuidados de Janis. A ella le dedicó su último libro, *Ravelstein* (2000), una evocación de su gran amigo el profesor Allan Bloom. El novelista no volvió a publicar ningún libro relevante. En 2004 aún pudo disfrutar del placer de ver cómo la Library of America empezaba a editar sus obras completas en vida. Murió el 5 de abril del 2005, a los 89 años, con plena lucidez, y fiel al retrato que una vez había dado de sí mismo: “En primer lugar soy escritor; luego me siento americano, y después me considero un judío”. ■

■ EL GRAN ESCRITOR DE CARTAS

Cuenta 17 años el joven Saul Bellow que, sirviéndose de unas vacaciones en Michigan para poner distancia, corta con su novia Yetta Barshevsky por carta. “Soy un cobarde confeso”, le dice antes de afearle el interés que parece sentir por Nathan Goldstein (con quien, por cierto, ella no tardará en casarse: punto para Bellow) y romper relaciones. Respecto a la cuestión de la cobardía, quien esté libre de culpa que tire la primera piedra. Pero sí podríamos aseverar que ese adolescente judío-canadiense trasplantado a Estados Unidos tiene madera de escritor: “Lo único que odio más intensamente que el melodrama y la espinaca soy yo mismo”. Y vaya si ese combustible alimentará páginas en negro sobre blanco durante las siguientes décadas, entre clásicos de la narrativa norteamericana y setecientas *Cartas* (conservadas) que, en edición de Benjamin Taylor y traducción de Daniel Gascón, Alfania ha presentado por vez primera en España.

La primera está fechada en mayo de 1932, como hemos visto, y la última, dirigida a Eugene Kennedy, fue enviada en febrero de 2004, quince meses antes de su fallecimiento (“No

hago nada estos días y paso gran parte del tiempo en casa”). Entre medio se despliega una galería de correspondientes que incluye a Ralph Ellison, William Faulkner, Bernard Malamud, John Cheever, Martin Amis, Mario Vargas Llosa y Philip Roth (para quien solicitó también el Nobel en una misiva remitida a la Academia Sueca en 2000). Precisamente es Roth quien mejor define, posiblemente, este volumen: “No es ninguna sorpresa que el gran novelista sea también un gran escritor de cartas. He leído el libro con voracidad en tres noches, como si acabara de tropezar con una obra maestra perdida de Saul Bellow recientemente descubierta”. Esplendor literario al que cabe añadir, claro está, su carácter de ventana abierta a la personalidad del escritor: la reacción a las críticas de sus libros, el enfado cuando se le tachaba de reaccionario...



Cartas
Saul Bellow
Alfania. 720 págs. 28 €.